

de Aristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, á quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas la hicieron y muchos ruegos precedieron ántes, todos encaminados á que su suceso les contase, y ella de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza, con aliento debilitado así comenzó á decir:

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero mas parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Felician de la Voz, mi patria una villa no léjos deste lugar, mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura, en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto á la villa que me dió el cielo por patria vivia un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacian ser caballero en la opinion de las gentes: este tiene un hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita: vivia ansimismo en la misma aldea un caballero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos, en una tan honrada medianía, que ni los humillaba, ni los ensoberbecia: con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo de casarme, echando á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, á quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposo al rico, y yo me entregué por suya á hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia: vímonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion vuelve las espaldas, ántes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja.

Destas juntas y destes hurtos amorosos se acortó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes: en este tiempo sin hacerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo, que anoche le trajeron á casa acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos: sobresaltéme cuando vi entrar á Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y mas me admiré cuando mi padre me dijo que me entrase en mi aposento y me aderezase algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto habia de dar la mano de esposa á Luis Antonio: dos dias habia que habia entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto y no esperada nueva quedé como muerta, y diciendo entraba á aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dije, hechos fuentes mis ojos: ¡Ay, Leonora mia, y cómo creo que es llegado el fin de mis dias! Luis Antonio está en esa antesala esperando que yo salga á darle la mano de esposa: mira si es este trance riguroso y la mas apretada ocasion en que pueda verse una mujer desdichada; pásame, hermana mia, si tienes con qué, este pecho: salga primero mi alma destas carnes, que no la desvergüenza de mi atrevimiento; ¡ay amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! y diciendo esto y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el

suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y á mí me cegó el discurso de manera que, sin saber qué hacer, estuve esperando á que mi padre ó mis hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar, me sacasen á la sepultura.

Aquí llegaba Felician de su cuento, cuando vieron que los centinelas que habian puesto para asegurarse, hacian señal de que venia gente, y con diligencia no vista el pastor anciano queria volver á depositar á Felician en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero habiendo vuelto las centinelas á decir que se asegurasen, porque un tropel de gente que habian visto cruzaba por otro camino, todos se aseguraron, y Felician de la Voz volvió á su cuento, diciendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi anoche: el desposado en la sala esperándome, y el adúltero, si así se puede decir, en un jardín de mi casa atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba y de la venida de Luis Antonio; yo sin sentido por el no esperado suceso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi padre y hermanos dándome priesa, que saliese á los desdichados desposorios: aprieto fué este que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á toda buena razon y buen discurso. No sé qué os diga mas, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre, diciendo: Acaba, muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez, y te servirá de riquísimas galas: dióle, á lo que creo, en esto á los oídos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino, debia de ir á poner en cobro, ó á dársela á Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; volvióle á herir en los oídos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fué siguiendo adonde la voz le llevaba; el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma, y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla salió en mí el ánimo de remediarla, y apenas hubo mi padre vuelto las espaldas, cuando yo así como estaba, bajé por un caracol á unos aposentos bajos de mi casa, y dellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no sé qué camino; y finalmente aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los piés, caminé mas de lo que prometia mi flaqueza: mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabara, con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme ó tenderme en el suelo y dejarme hallar de quien me buscase; pero alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y si no remedio, algun alivio á mi desdicha; y así llegué como me vistes, y así me hallo como me veo, merced á vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores míos, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dejo al cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos.

Aquí dió fin á su plática la lastimada Felician de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le habia sucedido con el caballero que se la dió.

¡Ay! dijo Felician, ¿si es por ventura esa prenda mia? ¿y si es Rosanio el que la trajo? y si yo la vieses, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion, porque mi doncella no apercebida, ¿en qué la podia envolver, sino en paños que estuviesen en el aposento, que fuesen de mí conocidos? y cuando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le dará á entender lo que me toca. A lo que respondió el pastor: La criatura está ya en mi aldea en poder de una hermana y de una sobrina mia; yo haré que ellas mismas nos la traigan hoy aquí, donde podrás, hermosa Felician, hacer las experiencias que deseas: en tanto sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opongan á los ojos que te buscaren.

## CAPITULO IV.

Quiere Felician acompañarlos en su peregrinacion: llegan á Guadalupe habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro.

Paréceme, hermano mio, dijo Auristela á Periandro, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdiccion en el mar, sino en toda la tierra; que las desgracias é infortunios así se encuentran con los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones: esta que llaman fortuna, de quien yo he oído hablar algunas veces, de la cual se dice que quita y da los bienes, cuándo, cómo y á quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta los que habian de estar por el suelo, y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir, que no es mucho que nos admire ver esta señora, que dice que se llama Felician de la Voz, que apenas la tiene para contar su desgracia: contéplola yo pocas horas há en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio á sus arrojados deseos, y agora puedo decir que la veo escondida en lo hueco de un árbol, temiendo los mosquitos del aire y aun las lombrices de la tierra: bien es verdad que la suya no es caída de príncipes, pero es un caso que puede servir de ejemplo á las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve á suplicarte, ó hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, la deposité en tus manos, y aunque la experiencia con certidumbre grandísima tiene acreditada tu bondad, así en la soledad de los desiertos como en la compañía de las ciudades, todavía temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos; á tí te va en esto lo que sabes: mi honra es la tuya; un solo deseo nos gobierna y una misma esperanza nos sustenta: el camino en que nos hemos puesto es largo, pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad: ya los cielos, á quien doy mil gracias por ello, nos han traído á España sin la compañía peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los pasos seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacífica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viaje. ¡Oh hermana! respondió Periandro, y cómo por puntos vas mostrando los extremados de tu discrecion: bien veo

que temes como mujer y que te animas como discreta; yo quisiera por aquietar tus bien nacidos recelos buscar nuevas esperanzas que me acreditasen contigo, que puesto que las hechas pueden convertir el temor en esperanza y la esperanza en firme seguridad, y desde luego en posesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran: en el rancho destes pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Felician podemos servir mas que de compadecernos della: procuremos llevarnos esta criatura á Trujillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena al parecer por paga.

En esto estaban los dos cuando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que habia enviado por ella á la aldea, por ver si Felician la reconocia, como ella lo habia pedido: lleváronse la, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que habia parido, ni aun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos á reconocer el niño, que era varon el recién nacido. No, decía Felician, no son estas las mantillas que mi doncella tenia diputadas para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena, que se la enseñaron, la vi yo jamas en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda, que no mia, que á serlo no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida tornar á cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio, que tenia amigos en Trujillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo eso, dijo el pastor, que pues el que dió la criatura mandó que la llevasen á Trujillo, sospecho que el que la dió á estos peregrinos fué Rosanio, y así soy de parecer, si es que en ello os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura y con otros dos destes mis pastores se ponga en camino de Trujillo á ver si la recibe alguno desos dos caballeros á quien va dirigida. A lo que Felician respondió con sollozos y con arrojarle á los piés del pastor, abrazándolos estrechamente, señales que la dieron de que aprobaba su parecer: todos los peregrinos le aprobaron asimismo, y con darle la cadena lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor, que estaba recién parida, como se ha dicho, con órden que se pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura, y con la otra se partiese á Trujillo, que los peregrinos que iban á Guadalupe con mas espacio la seguirian; todo se hizo como lo pensaron, y luego, porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna, Felician callaba, y con silencio se mostraba agradecida á los que tan de véras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse á todo esto, que Felician habiendo sabido como los peregrinos iban á Roma, aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, á la cortesía de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza y de Riela su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo miró, notó y ponderó en aquel poco espacio que los habia comunicado, y lo principal por volver las espaldas á la tierra donde quedaba enterada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina á Roma: que pues habia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedia, en que con ellos la llevasen. Apenas descubrió su pensamiento, cuando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar á Felician de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian: solo di-

ficulló el ponerla en camino estando tan recién parida, y así se lo dijo; pero el anciano pastor dijo que no había mas diferencia del parto de una mujer que del de una res, y que así como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaba á las inclemencias del cielo, así la mujer podia sin otro regalo alguno acudir á sus ejercicios, sino que el uso habia introducido entre las mujeres los regalos y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recién paridas. Yo aseguro, dijo mas, que cuando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del aire, ni usó de los melindres que agora se usan en los partos. Esforzáos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan cristiano: á lo que añadió Auristela: No quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos cuando hice este, el cual daré yo á la señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciana, mi linaje, sino el ser comun opinion de todos cuantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo, tanto que por excelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz, y á no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad: pero si los tiempos se mejoran y dan lugar á que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, á lo ménos endechas tristes, que cantándolas encanten, y llorándolas alegren. Por esto que Feliciana dijo nació en todos un deseo de oirla cantar luego luego; pero no osaron rogárselo, porque, como ella habia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojó Feliciana de los vestidos no necesarios que traía, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina; quitóse un collar de perlas y dos sortijas, y si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble: tomolas Riela como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar á Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad que á la de Auristela se la quitase.

Apénas se vió Feliciana en el nuevo hábito, cuando le nacieron alientos nuevos y deseos de ponerse en camino: conoció esto Auristela, y con consentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo y de los demas de la majada, se encaminaron á Cáceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio; y si alguna vez alguna de las mujeres le tenia, le suplía el bagaje, donde iba el repuesto, ó ya el márgen de algun arroyuelo ó fuente do se sentaban, ó la verdura de algun prado que á dulce reposo las convidaba, y así andaban á una con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia: la pereza en caminar poco, la diligencia en caminar siempre; pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan á fin dichoso sin estorbos que los impidan, quiso el cielo que el deste hermoso escuadrón, que aunque dividido en todos era solo uno en la intención, fuese impedido con el estorbo que agora oíréis. Dábales asiento la verde yerba de un deleitoso pradedillo, refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo, que por entre las yerbas corria,

servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas cambroneras, que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso, cuando de improviso rompiendo por las intrincadas matas vieron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho; cayó de ojos, y al caer dijo: Dios sea conmigo; y el fin desta palabra y el arrancársele el alma fué todo á un tiempo, y aunque todos con el extraño espectáculo se levantaron alborotados, el que primero llegó á socorrerle fué Periandro, y por hallarle ya muerto, se atrevió á sacar la espada: los dos Antonios saltaron las zarzas, por ver si vieran quién hubiese sido el cruel y alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas, se mostraba que traidoras manos la habian hecho: no vieron á nadie, volviéronse á los demas, y la poca edad del muerto y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima: miráronle todo, y halláronle debajo de una ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon puesta una cadena de cuatro vueltas de menudos eslabones de oro, de la cual pendia un devoto crucifijo asimismo de oro; allá entre el jubon y la camisa le hallaron dentro de una caja de ébano ricamente labrada un hermosísimo retrato de mujer, pintado en la lisa tabla, al redor del cual, de menudísima y clara letra, vieron que traía escritos estos versos:

Híela, enciende, mira y habla:  
Milagros de la hermostura,  
Que tenga vuestra figura  
Tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos conjeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debia de haber nacido su muerte: miráronle las faldriqueras y escudriñáronle todo, pero no hallaron cosa que les diese indicio de quién era; y estando haciendo este escrutinio, parecieron como si fueran llovidos cuatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre, que eran cuadrilleros de la Santa Hermandad, uno de los cuales dijo á voces: Tenéos, ladrones, homicidas y salteadores: no le acabeis de despojar, que á tiempo sois venidos, en que os llevarémos adonde pagueis vuestro pecado. Eso no, bellacos, respondió Antonio el mozo; aquí no hay ladrón ninguno, porque todos somos enemigos de los que los son. Bien se os parece por cierto, replicó el cuadrillero, el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos á vuestra maldad; ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, salteadores y homicidas presto pagaréis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud cristiana con que procuráis encubrir vuestras maldades, vistiéndoos de peregrinos. A esto le dió respuesta Antonio el mozo con poner una flecha en su arco y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pasarle de parte á parte el pecho: los demas cuadrilleros, ó escarmentados del golpe, ó por hacer la prision mas al seguro, volvieron las espaldas, y entre huyendo y esperando, á grandes voces apellidaron: Aquí de la Santa Hermandad, favor á la Santa Hermandad: y mostróse ser santa la hermandad que apellidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntaron mas de veinte cuadrilleros, los cuales encarando sus ballestas y sus saetas á los que no se defendían, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la

belleza de Auristela ni las demas peregrinas, y con el cuerpo del muerto las llevaron á Cáceres, cuyo Corregidor era un caballero del hábito de Santiago, el cual viendo el muerto y el cuadrillero herido y la informacion de los demas cuadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado á Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos á cuestion de tormento; puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrándole en su favor los papeles, que para seguridad de su viaje y licencia de su camino habia tomado en Lisboa; mostróle asimismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Riela, la tesorera, que sabia muy poco ó nada de la condicion de escribanos y procuradores, ofreció á uno de secreto, que andaba allí en público dando muestras de ayudarlas, no sé que cantidad de dineros, porque tomase á cargo su negocio: lo echó á perder del todo, porque en oliendo los sátrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilárselos, como es uso y costumbre, hasta los huesos; y sin duda alguna fuera así, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran á las de la malicia.

Fué el caso pues, que un huésped, ó mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habian traído, y reconocido muy bien, se fué al Corregidor, y le dijo: Señor, este hombre que han traído muerto los cuadrilleros, ayer de mañana partió de mi casa en compañía de otro, al parecer caballero: poco ántes que se partiese, se encerró conmigo en mi aposento, y con recato me dijo: Señor huésped, por lo que debeis á ser cristiano, os ruego, que si yo no vuelvo por aquí dentro de seis dias, abrais este papel que os doy, delante de la justicia; y diciendo esto, me dió este que entrego á vuesa merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque á este tan extraño suceso: tomé el papel el Corregidor, y abriéndole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones:

«Yo, D. Diego de Parraces, salí de la corte de su Magestad tal dia (y venía puesto el dia), en compañía de D. Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que le acompañase en cierto viaje, donde le iba la honra y la vida: yo, por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mí tenia, fiándome en mi inocencia, di lugar á su malicia, y acompañéle: creo que me lleva á matar: si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sepase que me mataron á traicion, y que morí sin culpa.» Y firmaba:

»D. DIEGO DE PARRACES.»

Este papel á toda diligencia despachó el Corregidor á Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles, buscando al matador, el cual llegó á su casa la misma noche que le buscaban, y entreoyendo el caso, sin apearse de la cabalgadura, volvió las riendas, y nunca mas pareció: quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Riela se deslazonó para gastos de justicia; el retrato se quedó para gusto de los ojos del Corregidor; satisfizo la herida del cuadrillero; volvió Antonio el mozo á relatar el lienzo, y dejando admirado al pueblo, y habiendo estado en él todo este tiempo de las

averiguaciones, Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la vuelta de Guadalupe; cuyo camino entretuvieron tratando del caso extraño, y deseando que sucediese ocasión donde se cumpliese el deseo que tenían de oír cantar á Feliciana, la cual si cantará, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ó se acabe con acabar la vida; pero por guardar ella á su desgracia el decoro que á sí misma debía, sus cantos eran lloros y su voz gemidos: estos se aplacaron un tanto con haber topado en el camino la hermana del compasivo pastor, que volvía de Trujillo, donde dijo que dejaba el niño en poder de D. Francisco Pizarro y de D. Juan de Orellana, los cuales habian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, según el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurase á fiarse dellos. Sea en fin lo que fuere, dijo la labradora, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de nosotros; así que, señores, el niño queda en Trujillo en poder de los que he dicho: si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aun no me he deshecho della, pues la que me pone á la voluntad el ser yo cristiana, me enlaza y me obliga á mas que la de oro. A lo que respondió Feliciana, que la gozase muchos años, sin que se le ofreciese necesidad de deshacella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque ó se empeñan para no quitarse, ó se venden para nunca volverlas á comprar. La labradora se despidió aquí, y dieron mil encomiendas para su hermano y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco á poco á las santísimas tierras de Guadalupe.

#### CAPITULO V.

Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciana, y se vuelve contenta á su casa con su esposo, padre y hermano.

Apénas hubieron puesto los piés los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guian al valle, que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando con cada paso que daban nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse; pero allí llegó la admiración á su punto, cuando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santísima imagen de la Emperatriz de los cielos: la santísima imagen otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones: la santísima imagen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su templo, y donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo muletas que dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron los ciegos, brazos que colgaron los mánco, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de haber caído en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres y ya contentos, merced á la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace campar á su benditísimo Hijo con el escuadrón de sus infinitas misericordias: de tal manera hicieron aprension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos, que volvieron los ojos á todas las partes del templo, y les parecia ver venir

por el aire volando los cautivos envueltos en sus cadenas á colgarlas de las santas murallas, y á los enfermos arrastrar las muletas, y á los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabían: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad no vista hasta entónces de Periando ni de Auristela, ni ménos de Ricla, de Constanza ni de Antonio, los tenia como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veían, ni de admirar lo que imaginaban; y así con devotas y cristianas muestras, hincados de rodillas se pusieron á adorar á Dios Sacramentado y á suplicar á su santísima Madre, que en crédito y honra de aquella imagen, fuese servida de mirar por ellos; pero lo que mas es de ponderar, fué, que puesta de hinojos y las manos puestas y junto al pecho, la hermosa Feliciano de la Voz, lloviendo tiernas lágrimas, con sosegado semblante, sin mover los labios, ni hacer otra demostracion ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz á los vientos, y levantó el corazon al cielo, y cantó unos versos que ella sabía de memoria, los cuales dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de cuantos le escuchaban, y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz había dicho, y satisfizo de todo en todos los deseos que sus peregrinos tenían de escucharla.

Cuatro estancias había cantado, cuando entraron por la puerta del templo unos forasteros á quien la devocion y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciano, que todavía cantaba, puso tambien en admiracion: y uno dellos que de anciana edad parecia, volviéndose á otro que estaba á su lado, díjole: O aquella voz es de algun ángel de los confirmados en gracia, ó es de mi hija Feliciano de la Voz. ¿Quién lo duda? respondió el otro: ella es, y la que no será, si no yerra el golpe este mi brazo; y diciendo esto, echó mano á una daga, y con descompasados pasos, perdido el color y turbado el sentido, se fué hácia donde Feliciano estaba: el venerable anciano se arrojó tras él, y le abrazó por las espaldas, diciéndole: No es este, ó hijo, teatro de miserias ni lugar de castigos: da tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y pensando castigar el ajeno delito te echas sobre tí la pena de la culpa propia. Estas razones y alboroto selló la boca de Feliciano, y alborotó á los peregrinos y á todos cuantos en el templo estaban, los cuales no fueron parte para que su padre y hermano de Feliciano no la sacasen del templo á la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del pueblo, con la justicia, que se la quitó á los que parecían mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiéndola hasta saber el caso, por una parte de la plaza entraron hasta seis de á caballo, que los dos dellos fueron luego conocidos de todos, por ser el uno D. Francisco Pizarro y el otro D. Juan de Orellana, los cuales llegándose al tumulto de la gente, y con ellos otro caballero que con un velo de tafetan negro traía cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas voces: fuéles respondido que no se sabía otra cosa, sino que la justicia queria defender aquella peregrina á quien querían matar dos hombres que decían ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo D. Francisco Pizarro y D. Juan de Orellana, cuando el caballero embozado, arrojándose del caballo abajo sobre quien venia, poniendo mano á su espada y descubriéndose el

rostro, se puso al lado de Feliciano, y á grandes voces dijo: En mí, en mí debeis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciano vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres: Feliciano es mi esposa y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria; noble soy, de cuya nobleza os podré presentar testigos; riquezas tengo que la sustenten, y no será bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto; y si os parece que os he hecho ofensa de haber llegado á este punto de teneros por señores sin sabiduría vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados á Luis Antonio me hizo no guardar el decoro que se os debía, de lo cual otra vez os pido perdon. Mientras Rosanio esto decia, Feliciano estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa y toda triste, y toda hermosa juntamente; pero ántes que su padre y hermano respondiesen palabra, D. Francisco Pizarro se abrazó con su padre, y D. Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. D. Francisco dijo al padre: ¿Dónde está vuestra discrecion, señor D. Pedro Tenorio? ¿Cómo, y es posible que vos mismo queráis confesar vuestra ofensa? ¿No veis que estos agravios, ántes que la pena, traen la disculpa consigo? ¿Qué tiene Rosanio que no merezca á Feliciano, ó qué le quedará á Feliciano de aquí adelante si pierde á Rosanio?

Casi estas mismas ó semejantes razones decia D. Juan de Orellana á su hermano, añadiendo mas, porque le dijo: Señor D. Sancho, nunca la cólera prometió buen fin de sus ímpetus: ella es pasion del ánimo, y el ánimo apasionado pocas veces acierta en lo que emprende; vuestra hermana supo escoger buen marido: tomar venganza de que no se guardaron las debidas ceremonias y respetos, no será bien hecho; porque os pondréis á peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego: mirad, señor D. Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa, un sobrino os tengo, que no lo podréis negar si no os negáis á vos mismo; tanto es lo que os parece. La respuesta que dió el padre á D. Francisco, fué llegarse á su hijo D. Sancho y quitalle la daga de las manos, y luego fué á abrazar á Rosanio, el cual dejándose derribar á los piés del que ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces: arrodillóse tambien ante su padre Feliciano, derramó lágrimas, envió suspiros, y vinieron desmayos. La alegría discurrió por todos los circunstantes; ganó fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos y bien hablados: llevólos el Corregidor á su casa, regalólos el prior del santo monasterio abundantísimamente: visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santísimas y ricas; confesaron sus culpas, recibieron los sacramentos, y en este tiempo, que fué el de tres dias, envió D. Francisco por el niño que le había llevado la labradora, que era el mismo que Rosanio dió á Periandro la noche que le dió la cadena, el cual era tan lindo, que el abuelo, puesta en olvido toda injuria, dijo, viéndole, que mil bienes haya la madre que te parió y el padre que te engendró; y tomándole en sus brazos tiernamente le bañó el rostro con lágrimas, y se las enjugó con besos y las

impió con sus canas. Pidió Auristela á Feliciano le diese el traslado de los versos que había cantado delante de la santísima imagen, la cual respondió que solamente había cantado cuatro estancias, y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria, y así las escribió, que eran estas:

Antes que de la mente eterna fuera  
Saliesen los espíritus alados,  
Y ántes que la veloz ó tarda esfera  
Tuviese movimientos señalados,  
Y ántes que aquella escuridad primera  
Los cabellos del sol viese dorados,  
Fabricó para sí Dios una casa  
De santísima, limpia y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos  
Sobre humildad profunda se fundaron,  
Y mientras mas á la humildad atentos,  
Mas la fábrica regia levantaron:  
Pasó la tierra, pasó el mar, los vientos  
Atras como mas bajos se quedaron,  
El fuego pasa, y con igual fortuna  
Debajo de sus piés tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza  
Los muros: esta fábrica bendita  
Ciñe la caridad, por quien se alcanza  
Duracion, como Dios, siempre infinita:  
Su recreo se aumenta en su templanza,  
Su prudencia los grados facilita  
Del bien que ha de gozar, por la grandeza  
De su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano  
Profundos pozos, perenales fuentes,  
Muertos cerrados, cuyo fruto sano  
Es bendicion y gloria de las gentes:  
Están á la siniestra y diestra mano  
Cipreses altos, palmas eminentes,  
Altos cedros, clarísimos espejos  
Que dan lumbré de gracia cerca y léjos.

El cinamomo, el plátano y la rosa  
De Hiericó, se halla en sus jardines,  
Con aquella color, y aun mas hermosa,  
De los mas abrasados querubines:  
Del pecado la sombra tenebrosa  
Ni llega, ni se acerca á sus confines,  
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo,  
Este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomon el templo se nos muestra  
Hoy, con la perfeccion á Dios posible,  
Donde no se oyó golpe, que la diestra  
Mano diese á la obra conveniente:  
Hoy haciendo de sí gloriosa muestra,  
Salió la luz del sol inaccesible,  
Hoy nuevo resplandor ha dado al dia  
La clarísima estrella de María.

Antes que el sol la estrella hoy da su lumbré  
Prodigiosa señal, pero tan buena,  
Que sin guardar de agüeros la costumbre,  
Deja el alma de gozo y bienes llena:  
Hoy la humildad se vió puesta en la cumbre,  
Hoy comenzó á romperse la cadena  
Del hierro antiguo, y sale al mundo aquella  
Prudentísima Ester, que el sol mas bella.

Niña de Dios por nuestro bien nacida,  
Tierna, pero tan fuerte, que la frente  
En soberbia maldad endurecida  
Quebrantasteis de la infernal serpiente;  
Brinco de Dios, de nuestra muerte vida,  
Pues vos fuisteis el medio conveniente,  
Que redujo á pacífica concordia  
De Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado  
En vos, Virgen santísima, y con gusto  
El dulce beso de la paz se han dado,  
Arroja y señal del venidero Augusto:  
Del claro amanecer, del sol sagrado  
Sois la primera aurora, sois del justo  
Gloria, del pecador firme esperanza,  
De la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma que abeterno fuistes  
Llamada desde el cielo, sois la esposa  
Que al sacro Verbo limpia carne distes,  
Por quien de Adán la culpa fué dichosa:  
Sois el brazo de Dios, que detuvistes  
De Abraham la cuchilla rigurosa,  
Y para el sacrificio verdadero  
Nos distes el mansísimo Cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto  
Presto en sazón, por quien el alma espera:  
Cambiar en ropa rozagante el luto  
Que la gran culpa le visitó primera:  
De aquel inmenso y general tributo  
La paga conveniente y verdadera  
En vos se ha de fraguar: creed, Señora,  
Que sois universal remediadora.

Ya en las empires sacrosantas salas  
El parainfo alijero se apresta,  
O casi mueve las doradas alas,  
Para venir con la embajada honesta:  
Que el olor de virtud que de tí exhalas,  
Virgen bendita, sirve de recuesta  
Y apremio, á que se vea en tí muy presto  
Del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos que comenzó á cantar Feliciano, y los que dió por escrito despues, que fueron de Auristela mas estimados que entendidos: en resolucion, las paces de los desavenidos se hicieron: Feliciano, esposo, padre y hermano se volvieron á su lugar, dejando orden á D. Francisco Pizarro y D. Juan de Orellana les enviasen el niño; pero no quiso Feliciano pasar el disgusto que da el esperar, y así se le llevó consigo: con cuyo suceso quedaron todos alegres.

## CAPITULO VI.

Prosiguen su viaje; encuentran una vieja peregrina, y un polaco que les cuenta su vida.

Cuatro dias se estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzaron á ver las grandezas de aquel santo monasterio: digo comenzaron, porque acabarlas de ver es imposible: desde allí se fueron á Trujillo, adonde asimismo fueron agasajados de los dos nobles caballeros D. Francisco Pizarro y D. Juan de Orellana, y allí de nuevo refirieron el suceso de Feliciano, y ponderaron al par de su voz su discrecion y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los cortesos ofrecimientos que Feliciano le había hecho al tiempo de su partida: la ida de Trujillo fué de allí á dos dias la vuelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Mondá, que trae su origen de muchos años, ántes que Cristo naciese, reducida por los cristianos á tan buen punto y término, que si entónces se celebraba en honra de la diosa Vénus por la gentilidad, ahora se celebra en honra y alabanza de la Virgen de las virgenes. Quisieran esperar á verla; pero por no dar mas espacio á su espacio, pasaron adelante, y se quedaron sin satisfacer su deseo: seis leguas se habrían alongado de Talavera, cuando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola; y excusóles el darla voces, á que se detuviese, el haberse ella sentado sobre la verde yerba de un prade-cillo, ó ya convidada del ameno sitio, ó ya obligada del cansancio. Llegaron á ella, y hallaron ser de tal talle, que nos obliga á describirle: la edad, al parecer, salia de los términos de la mocedad y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un linco no alcanzara á verle las narices, porque no las tenía sino tan chatas y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna dellas; los ojos les hacían sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era una esclavina rota que le besaba los calcañares, sobre la cual traía una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto y despedazado no se podia distinguir si de cordobán ó si de badana fuese: ceñíase con un cordón de esparto, tan abultado y poderoso, que mas pa-